



☀️ CAPÍTULO ☀️

1

Austin, Tejas, primavera de 1866

SE BUSCA

Mujer que cocine, limpie y lave para siete hombres en rancho situado a 100 km al suroeste de Austin.

MUCHOS CURIOSOS SE HABÍAN CONGREGADO ALREDEDOR del cartel haciendo comentarios en voz alta. Entre las mujeres podían oírse opiniones de todo tipo:

—Yo no trabajaría para siete hombres, aunque me regalaran todo el ganado de aquí a Río Grande.

—Y menos con esos montes atestados de indios y cuatros.

—Hay muchas viudas de guerra necesitadas en Tejas. De alguna manera tendrán que ganarse la vida.

—¡Siete hombres! ¿Quién sabe si no pretenden algo más que las faenas de la casa?

A sus espaldas los hombres exclamaban:

—¡Mujeres! A veces es difícil distinguirlos del ganado.

—Se irían con cualquier hombre, mientras conservara un brazo y una pierna.

—Para lo que quieren, más le valdría buscarse una india.

Rose Thornton se fijó en él desde el instante mismo en que entró en el restaurante Bon Ton. Cualquier mujer repararía en un hombre como aquél. No sólo porque medía más de metro ochenta o porque era tan apuesto que era imposible que una mujer no lo mirara. Algo en él dejaba claro que se trataba de un hombre en toda la extensión de la palabra.

—¡Jamás me he topado con alguien tan lento! ¿Acaso tienes a un hombre escondido en la cocina? —preguntó impaciente Luke Kearney.

Rose no apartó ni un segundo su mirada del forastero. Observó que vestía los pantalones grises del uniforme confederado, y vio que colgaba el sombrero en el perchero que estaba junto a la puerta. Los vaqueros no tenían por costumbre quitarse el sombrero al entrar en los sitios. Los ex oficiales del ejército confederado, en cambio, sí lo hacían. Se había sentado en una mesa pegada a la pared, en el extremo opuesto. No mostraba ninguna señal de impaciencia.

—¿Te vas a quedar ahí parada o me vas a servir de una vez? —preguntó Luke.

Rose puso el plato frente a Luke. Pero al volverse para atender al forastero, el hombre le agarró de la muñeca.

—No te vayas tan rápido —le propuso, sujetándola hasta hacerle daño—. ¿Por qué no me haces un poco de compañía?

—Tengo otro cliente —respondió Rose.

Su voz grave y tranquila contrastaba con los gangosos chillidos de tenor de Luke.

—Que espere. Tú y yo estamos charlando.

Los amigos de Luke, Jeb y Charlie, dejaron de comer para observar lo que sucedía. En sus rostros sin afeitarse dibujaron sonrisas expectantes.

—No tengo tiempo para conversar —indicó Rose, tratando de zafar su muñeca de la mano de Luke.

Le humillaba que la trataran así, y mucho más frente al forastero.

—Dottie no me contrató para dejar esperando a los clientes —protestó muy digna.

—Pero a mí sí me has dejado esperando todo el tiempo que te ha dado la gana —le reprochó Luke. Su tono duro y su mirada expresaban lo que sus palabras habían callado—. Y no pienso renunciar a mis derechos por ningún ex soldado.

—Tú no tienes ningún derecho sobre mí, Luke Kearney —afirmó Rose, sustituyendo la vergüenza por ira.

—No podrás resistirte eternamente —advirtió Luke, al tiempo que trataba de ceñir con su brazo libre la cintura de la joven—. Uno de estos días te vas a dar cuenta de que estás hecha para algo mejor que servir comida.

—Preferiría limpiar la porquería de los cerdos a tener algo contigo —respondió Rose, intentando liberarse—. Ahora suéltame.

Jeb y Charlie se rieron disimuladamente. Luke se enfureció todavía más, y tiró tan fuerte de la muñeca de Rose que a punto estuvo ésta de caer sobre él.

—No te soltaré hasta que prometas darme algo más que un simple bistec caliente.

—¿Qué te parecería un poco de salsa hirviendo por la cabeza?

Jeb y Charlie no dejaban de reír.

—Vigila tu lengua, mujer, no sea que tenga que enseñarte cómo debe comportarse una dama sureña.

—¿Qué sabrás tú? —respondió Rose a gritos—. Una verdadera dama cruzaría al otro lado de la calle si viera que te acercabas a ella.

Jeb y Charlie estallaron en carcajadas.

—Tengo las mejores intenciones...

—Dudo mucho que tenga usted buenas intenciones —interrumpió el forastero, hablando súbitamente y con toda tranquilidad—. No creo que en su cabeza haya espacio para los buenos pensamientos.

Rose se volvió y miró boquiabierta al forastero. Estaba tan asombrada por su intervención que no supo disimularlo. Incluso apoyado contra la pared resultaba imponente. Era imposible no notar la anchura de sus hombros o la turgencia de sus músculos bajo la camisa. Sus manos grandes de dedos firmes y poderosos sugerían una fuerza desmedida.

Pero fue la expresión de su rostro lo que más le impactó. Sus ojos negros, de los que emanaba una absoluta confianza, miraban a Luke con gélido desprecio. Ni un solo músculo de la sien le temblaba; ni un solo músculo acentuaba el contorno de su mandíbula. Su cara no mostraba expresión alguna.

Sólo sus ojos.

—Usted no se meta, señor —le advirtió Luke—. Esto es entre la dama y yo.

—Si la tratara como a una dama, no estaríamos discutiendo —respondió el forastero, dedicándole una sonrisa a Rose.

Desconcertada, ella apartó la vista.

—Me estoy conteniendo por respeto a su uniforme —sostuvo Luke—, pero no soporto que nadie se meta en mis asuntos.

—Sinceramente, sus asuntos me traen al fresco —le aseguró el forastero—. Lo único que me importa es la suerte de esta joven dama. Y ella le ha pedido que la suelte.

—Ella no es ninguna dama.

—Usted acaba de decir que lo es. Además de bravucón, ¿es también un mentiroso?

Rose tragó saliva. Llamar a Luke mentiroso era retarlo abiertamente.

—Nadie me ha llamado mentiroso jamás —gruñó Luke.

—Pues entonces es que la gente de Austin es muy bondadosa —soltó el forastero, con una sonrisa burlona en sus labios.

El hombrón se levantó de su silla.

—Luke, no creo que debas...

Pero él no escuchaba. Avanzó para enfrentarse al forastero, arrastrándola sin soltarle la muñeca y haciendo que se golpeará contra las sillas.

—Ahora escúcheme, y escúcheme bien. Usted no debe ser de por aquí o de lo contrario sabría que a mí no me gusta que se metan conmigo.

—Entonces comprenderá que la señorita... Disculpe, no sé su nombre —repuso el forastero, volviéndose hacia Rose con una sonrisa en los labios.

A pesar del dolor que sentía, ella también le sonrió.

—Mi nombre es Rose...

—¡Qué importa su nombre ahora! —interrumpió Luke—. Nada que tenga que ver con ella es asunto suyo.

El forastero volvió hacia Luke sus ojos negros.

—He luchado cuatro años por la causa confederada, pero nunca en nombre de hombres que maltratan a las mujeres o las interrumpen cuando hablan.

Luke se puso rojo de ira. Apartando a Rose de un empujón, trató de coger la pistola que tenía en el cinto. Pero antes de que pudiera levantarla para disparar, el forastero agarró con tal fuerza su muñeca, que paralizó todos los nervios de sus dedos.

La pistola cayó al suelo sin causar ningún daño.

—Deje en paz a la dama.

Tras recuperarse del impacto, Luke gritó:

—¡No lo haré, maldita sea! —protestó al tiempo que se abalanzaba contra el desconocido. Éste le dio un puñetazo que lo lanzó contra la mesa que se encontraba a sus espaldas.

Mientras Rose esquivaba de un salto una silla que estaba a punto de caer sobre ella, Luke, tambaleándose, intentaba ponerse en pie. Además de aturdido, estaba demasiado furioso para ver que no tenía ninguna posibilidad de vencer a aquel hombre.

Con la cabeza gacha, arremetió de nuevo.

El forastero no tuvo más que hacerse a un lado. Luke se estrelló contra la mesa, y luego contra la pared, destrozando en el camino la mesa, una silla y también su clavícula.

Un saco de patatas con pies, coronado por una protuberante cabeza, salió disparado de la cocina. Era Dottie, la propietaria del Bon Ton.

—No permitiré que nadie destruya mi restaurante —gritaba con voz chillona mientras se acercaba al causante de los estragos—. Tendrá que pagarme todos los daños.

—Coja el dinero de sus bolsillos —indicó el forastero, señalando al postrado Luke con una mirada indiferente—. Y tráigale a esta joven dama... Rose... una taza de café bien cargado.

Rose no entendía por qué el sonido de su nombre, pronunciado por los labios del forastero, la paralizaba por completo. ¿O sería la sonrisa que aún se esbozaba en su boca? ¿O quizá el calor que desprendían sus ojos?

—No la pago para que esté sentada —chilló Dottie.

—Supongo que tampoco la paga para que sus clientes la maltraten —replicó el forastero, dirigiéndole a la mujerona una mirada tan severa como la que le había dedicado a Luke hacía tan sólo unos instantes—. Necesita unos minutos para recobrar la calma.

—¿Y si me niego?

El forastero señaló con su mirada la silla rota.

—No creo que vaya usted a tener muchos clientes si acabo con todas sus sillas.

Dottie miró al forastero con rencor, pero para sorpresa de Rose, al parecer decidió que sería mejor en-

tenderse con el magullado Luke que con aquel hombre tan imperturbable. Desvalijó los bolsillos de Luke, sacando más de lo que necesitaba para pagar los muebles rotos.

—Deshágase de él mientras yo traigo el café —ordenó, y se fue sin siquiera mirar atrás.

—¿Son amigos suyos? —preguntó el forastero a Jeb y Charlie.

Los dos hombres volvieron a concentrarse en su comida y no respondieron. Un tercero entró de manera apresurada, con la aparente intención de enterarse de la causa del alboroto. Le bastó una mirada a los ojos del forastero para sentarse sigilosamente en una mesa que estaba al otro lado del recinto.

—¿Sabe quién es? —preguntó el forastero al recién llegado.

—Jamás en la vida lo había visto.

El forastero cogió a Luke de la parte posterior de sus pantalones, lo arrastró fuera del restaurante y lo dejó en medio del entarimado. Luego volvió a entrar, cerró la puerta tras él, eligió una nueva mesa y apartó una silla.

—Le agradecería que se sentara conmigo, señorita —le pidió a Rose—. Parece que empieza a recuperar el color, pero se sentirá mucho mejor si se sienta un rato.

Rose no sabía qué hacer.

—Me llamo George Randolph. Acabo de llegar a la ciudad, y sería un placer poder disfrutar de su compañía.

¿Cómo podría Rose explicarle que su indecisión no tenía nada que ver con el hecho de que él fuera un forastero? Tras aquel dramático rescate, le parecía imposible no pensar en él como un héroe.

—No puedo... no debo —se le trabó la lengua, pero al fin pudo encontrar las palabras. Dirigió una mirada al montón de muebles destrozados—. Tengo que recoger todo esto. Los clientes no tardarán en aparecer.

—No se preocupe por eso —ofreció George—. Los amigos de Luke lo harán.

Jeb y Charlie levantaron la mirada de la comida. Sus expresiones eran imposibles de descifrar.

—¡No! —protestó Rose, notando el miedo en su propia voz—. No han movido un dedo para defenderme.

—Lo sé —asintió George—. Y por eso ahora están dispuestos a desagaviarla.

Su insinuación fue lo suficientemente explícita, y aunque no hizo falta que la pistola que asomaba de la cartuchera respaldara sus palabras, no por ello pasó desapercibida.

Jeb y Charlie siguieron comiendo en completo silencio.

George aún sostenía la silla. Dottie salió abruptamente de la cocina y dejó dos tazas de café en la mesa.

—Tienes diez minutos —le dijo a Rose—. ¿Va usted a comer o sólo ha venido a causar problemas? —le preguntó a George.

—Quisiera un poco de estofado de carne caliente. Y unos huevos revueltos, si tiene.

—Recién cogidos de esta mañana. ¿Algo más?

George se volvió hacia Rose.

—¿Ha comido ya?

—Ella no tiene tiempo para comer —estalló Dottie bruscamente.

Con una mano, George alzó una silla sobre su cabeza.

—Le traeré unos huevos —concedió Dottie, cediendo terreno—, pero nada más. Tengo otras comidas que preparar. No la pago para que se entretenga con los clientes.

—Perfecto —contestó George bajando la silla antes de que Rose pudiera contestar—. Cuanto más rápido traiga el pedido, más pronto volverá ella a su trabajo.

Dottie se puso roja de furia, pero salió del recinto tan veloz como un rayo.

—Será mejor que se siente —sugirió George, con una sonrisa de disculpa que suavizaba las facciones de su rostro—. Me da la sensación de que su patrona va a contar los diez minutos hasta el último segundo.

Su tranquila, segura y reconfortante voz la decidió a sentarse.

—Dottie no es una mala persona —explicó Rose mientras se acercaba a la mesa—. Es muy buena conmigo. Lo que sucede es que debe ofrecer un buen servicio a los clientes para que no se vayan al restaurante que está un poco más adelante.

Al sentarse la mano de George rozó su hombro. Rose jamás hubiera creído que algo tan leve pudiera causarle una reacción tan intensa. En realidad, no había tocado su piel, sino la manga de su vestido, pero la sensación fue como si hubiera recibido una caricia muy íntima. Su cuerpo se irguió de golpe, mientras su mente perdía el hilo de la conversación.

—¿La comida del otro restaurante es mejor que la de aquí?

—No es fácil para Dottie sacar adelante este lugar —respondió Rose.

—¿Acaso los otros restaurantes sirven mejor comida que el Bon Ton? —insistió George.

—No —contestó Rose, captando por fin el significado de las palabras de George—. Dottie es la mejor cocinera de la ciudad.

—Entonces, ¿qué atractivo tienen los otros locales?

—Las chicas.

—Debo entender por el comportamiento de Luke que allí...

Rose asintió con la cabeza.

—Y esperan que usted...

—Dottie no. Ella sabe que no lo haré.

—¿Entonces por qué no se lo hace ver a sus clientes?

—No tiene tiempo. Hay mucho que hacer en la cocina. Además, puedo cuidarme sola.

George arqueó las cejas.

—Ya sé que no lo parece, pero Luke es el único que no se conforma con un «no». Jeb y Charlie me hubieran ayudado de ponerse las cosas feas.

Rose siguió la mirada de George, que se volvió hacia los dos hombres que comían sin levantar la vista de sus platos.

—No quisiera verme obligado a confiar en ellos —observó George.

Dottie salió de la cocina con dos raciones de huevos revueltos en sus manos.

—Le traeré la carne cuando haya terminado esto —le informó a George, arrojando los platos en la mesa y volvió a marcharse.

—Será mejor que empiece —repuso George—. Ya han pasado cuatro minutos.

Comieron unos instantes en silencio.

—¿Lleva mucho tiempo en Austin? —preguntó George.

—Casi toda mi vida.

—¿Por qué su familia no la protege de hombres como Luke?

Rose bajó los ojos.

—No tengo familia.

—¿Y sus amigos? Seguro que una joven tan agradable como usted...

Rose alzó la vista.

—Tampoco tengo amigos. La familia con la que vivía se mudó a Oregón huyendo de la guerra. —Rose echó hacia atrás su silla y se puso de pie—. Será mejor que me vaya. Gracias por el desayuno, y por lo de Luke.

George se había levantado a la vez que ella.

—No me dé las gracias. Ninguna dama debería consentir que la tratasen así.

Rose se detuvo un instante antes de alejarse.

—¿Qué le hace pensar que soy una dama? Usted no sabe nada de mí.

—Simplemente lo sé —respondió George—. Mi madre era una dama.

Sus miradas se cruzaron. Aquello era seguramente lo más bonito que le habían dicho en toda su vida. El que un forastero, un hombre que no sabía nada de ella, lo dijera —y puesto que se había peleado con Luke, debía creerlo así—, era... en fin, le daban ganas de postrarse a sus pies.

Bruscamente, ella apartó su mirada y salió a toda prisa. Un momento después regresó para traer la carne de George. Eludiendo su mirada, se puso a recoger los destrozos de la pelea. Él la detuvo.

—Ellos lo harán —replicó, mirando a Jeb y Charlie.

Rose los observó nerviosa, pero ninguno de los dos hombres dijo nada.

—Creo que será mejor que yo...

—Será mejor que atienda al hombre que está en esa esquina. Lleva esperando pacientemente desde hace un buen rato.

Encogiéndose de hombros, Rose fue a tomar nota. Otros dos clientes entraron antes de que terminara de hacerlo.

Jeb y Charlie acabaron de comer justo en el momento en que Rose tomó el último pedido. Sin decirse una palabra, se pusieron de pie y empezaron a recoger los restos de muebles. No levantaron la cabeza hasta no tener los brazos llenos de astillas de madera.

—Ponedlo con el montón de leña que está en la parte de atrás —ordenó Dottie, entrando con una escoba en la mano—. Las usaré para encender el fuego.

Le pasó la escoba a Charlie.

—Y barred todo bien. No quiero que mis clientes digan que mi restaurante está sucio.

Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca en el silencio que se hizo mientras los hombres barrían el suelo y

ordenaban las mesas. Cuando acabaron, se marcharon sin decir palabra ni dirigir siquiera una sola mirada a George.

—¿Se da cuenta de que ha ganado tres enemigos, verdad? —preguntó Dottie.

George terminó de comer y se levantó. Su mirada fría examinó a Dottie.

—He tenido millones durante la guerra. Tres más no serán mucha diferencia. —Se dirigió al perchero y se puso su estropeado sombrero calándoselo hasta los ojos—. Que tengan un buen día, señoras —se despidió, y salió a la calle.

—Ese hombre está buscando que lo maten —señaló Dottie.

—Sobrevivió a la guerra —razonó Rose—. ¿Qué puede ser más peligroso?

—Los cobardes que quieran dispararle por la espalda y disfruten haciéndolo —afirmó Dottie, indignada de que Rose no advirtiera algo tan obvio—. Y Luke encabezará la fila.

—No creo que Luke le importe mucho —señaló Rose—. Es un caballero.

Dottie se volvió hacia ella con ira.

—Caballero o no, nunca he conocido a un hombre que arriesgue el pellejo por los demás; sin embargo su galantería de poco te va a servir para buscar otro empleo.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes seguir trabajando aquí. Cuando termines el turno, te pagaré lo que te debo.

Aquel categórico anuncio dejó a Rose anonadada.

—No puedes hacerme eso. Nadie más me contratará.

—Ése no es mi problema —replicó Dottie, evitando la mirada de Rose—. No puedo permitirme el lujo de que otros vaqueros vengán a destrozar el lugar. No siempre habrá alguien como él para obligarles a que me paguen. ¿Quién era ese hombre, a todo esto? —preguntó Dottie, volviéndose hacia sus clientes.

—Es la primera vez que lo veo —contestó uno de ellos—. Llegó a la ciudad esta mañana buscando a una mujer que trabaje para él y otros seis hombres.

—Ahí lo tienes. Ve a ofrecerte para ese trabajo si crees que es tan maravilloso —sugirió Dottie, volviendo a la cocina con sus andares de pato mareado.

En medio del desconcierto y la incredulidad, Rose se aferró a la única esperanza que se presentaba en su camino.

—¿Quieres decir que está buscando una criada?

—Eso creo. Puso un anuncio en el tablón de la comisaría.

—¿Por qué no contrata una cocinera?

—Ve a preguntarle —repuso el hombre, con una sonrisa burlona en el rostro—. Aprovecha que te ha echado el ojo.

Rose sintió que su rostro se encendía, pero se negó a permitir que las burlas le afectaran. Necesitaba reflexionar.

Sin embargo, durante las dos horas que siguieron no tuvo tiempo de pensar ni en George Randolph ni en sí misma. La riña con Luke había convertido al Bon Ton en el restaurante más popular de la ciudad. Todo el mundo quería saber dónde se había sentado el forastero y cuántas mesas había roto Luke, haciendo que por momentos Rose deseara que él se hubiera ido a comer a otro restaurante.

No obstante, cuando caminaba de regreso a su habitación alquilada, se sorprendió a sí misma fantaseando con George Randolph, quien en sus sueños le brindaba un futuro colmado de felicidad y seguridad.

«No seas tonta —se decía a sí misma mientras se tumbaraba en la dura y estrecha cama de su cuarto—. Ni siquiera sabe tu apellido. Olvídate de todos los cuentos de hadas que has leído sobre caballeros que rescatan damas. Si quieres tener un futuro seguro, tendrás que forjártelo tú misma».

¿Pero cómo?

Abrió un cajón y contó su pequeño tesoro de monedas. Menos de veinticinco dólares. ¿Cuánto le durarían? ¿Qué haría cuando se le acabaran?

Últimamente, había notado como las propuestas de los hombres se habían vuelto más atrevidas, más groseras y persistentes. No sabía dónde acudir a buscar trabajo, pero prefería morir de hambre antes que permitir que alguien la convirtiera en prostituta.

Rose se estremeció con la sola mención de la palabra. Nunca la había pronunciado en voz alta, ni siquiera se permitía pensar en ella. Podría irse de Austin, es cierto, pero ¿acaso sería diferente en otra ciudad? Continuaría siendo una mujer sola, sin familia, sin dinero, sin apoyo ni protección.

Pensó en el dinero ahorrado por su padre durante toda su vida, su única herencia, perdida tras la quiebra financiera provocada por el bloqueo de la Unión. Pensó en la familia de su tío, fría y distante cuando su padre le prohibió vivir con ellos en su granja de New Hampshire después de la muerte de su madre; reservada e indiferente cuando se negó a irse de Tejas al estallar la guerra; irascible y amargada desde la muerte de su tío en Bull Run.

Se sintió más sola y vulnerable que nunca.

Rose se acercó a una mesita y cogió un espejo de mano. ¿Qué había podido ver Luke en su cara para pensar que ella le entregaría su cuerpo?

No podía ser belleza. Estaba siempre demasiado cansada como para preocuparse por acicalarse. Además, hacía todo lo posible para no llamar la atención. Sus vestidos eran oscuros y amplios. Peinaba su abundante cabellera castaña con raya en el medio, se la estiraba hacia atrás hasta alisarla por completo y se hacía una apretada trenza en la nuca.

¿Acaso pensó que la desesperación la haría ceder? Intentó sonreír, pero nada podía ocultar el miedo en el fondo de sus ojos, las líneas que se habían formado en torno de ellos o la rigidez de su boca.

Probablemente, a esas horas Luke ya no pensara en placer, sino en venganza. Al igual que harían Jeb y Charlie. El señor Randolph regresaría a su rancho enclavado en medio de la nada, mientras ella se quedaba en el pueblo sin más remedio que vérselas con tres hombres decididos a arruinar su vida.

A menos que respondiera al anuncio del señor Randolph.

Rose casi no podía creer que la emoción electrizará su cuerpo de aquella manera. Jamás había conocido a un hombre que le gustara tanto o que fuera tan amable, pero era un forastero. ¿Cómo podía emocionarse con la idea de trabajar en su casa?

Por más que su cuerpo temblaba con solo pensar en estar cerca de él, era un desconocido. Cualquiera mujer que decidiera marcharse con un hombre ponía en juego su destino. Pero tratándose de un forastero, además ponía en juego su vida.

No obstante, con George podía ser diferente.

Recordó cómo se sintió cuando se sentó frente a él en la mesa. Segura. No se había sentido así desde que los Robinson se marcharon a Oregón. Si protegía a una mujer a la que no conocía de nada, ¿qué no haría para defender a alguien que trabajara para él?

Recordó el color gris de sus pantalones del ejército confederado, y sintió que su cuerpo se tensaba y sus esperanzas se derrumbaban. ¡Había sido oficial! Un hombre como él jamás la contrataría, y menos aún si descubría que su padre había combatido por la Unión.

Pero sin trabajo no podría quedarse en Austin. Al poco tiempo se vería obligada a mendigar. O a...

Estaba tan desesperada que se aferraba a cualquier posibilidad.

Le escribiría de nuevo a la esposa de su tío, aunque ella no le hubiera contestado una sola carta en cinco años,

ni siquiera cuando Rose le escribió para informarle de la muerte de su padre.

Quizá alguno de los compañeros de ejército de su padre podría ayudarla. Si revisaba sus cartas de nuevo, tal vez encontrara algunos nombres. Sólo necesitaba uno.

Pero, incluso si alguien decidía ayudarla, no serviría de nada. Era insensato poner todas sus expectativas en ello: no podía esperar dos o tres meses hasta que le llegara una respuesta. Necesitaba ayuda en aquel mismo instante. Los veinticinco dólares que tenía no le durarían mucho tiempo. Tenía que hacer algo de inmediato.

Ya.

—No sé qué clase de respuesta espera recibir —le comentaba el sheriff Blocker a George aquella misma tarde—. Ha venido mucha gente, pero a nadie parecía agradaarle la idea de vivir en el sur de Tejas. Hay demasiados conflictos con los cuatros y los forajidos mejicanos.

—En nuestra propiedad apenas tenemos problemas —le explicó George—. Los chicos no lo permiten.

—Tal vez no, pero le va a costar convencer a la gente de aquí. No pasa un mes sin que oigamos hablar de un asalto de Cortina o de su cuadrilla.

—Nunca contrataría a alguien miedoso para trabajar al rancho.

El sheriff lo miró de pies a cabeza.

—Está claro que usted sabe defenderse solo. Pero, ¿qué hay de sus chicos?

—Son mis hermanos. Somos todos muy parecidos.

—Eso quizá satisfaga a las damas. Suelen darle mucha importancia a la familia.

Varios curiosos se habían congregado delante de la comisaría. Uno de ellos, un viejo de barba rala y boca hun-

didada que escupía salivazos de tabaco cada cinco minutos, subió al entarimado y se situó junto al sheriff. Parecía demasiado viejo y flaco para sostenerse por sí mismo, pero George podía ver la vitalidad bailando en sus ojos y en la pícaro expresión de su rostro.

El viejo leyó el anuncio con mucha dificultad, miró a George, se rio socarronamente y luego escupió el tabaco en la cabeza del espectador más cercano.

—No encontrará a nadie que valga la pena —afirmó.

—Vamos, Tom Azufre, lárgate de aquí —dijo el sheriff—. No queremos que vengas a molestar a la gente.

—Escúcheme —le interpeló el viejo a George—. Aquí no hay nada que pueda llevarse a la cama. A menos que esté borracho como una cuba.

—Venga —interrumpió el sheriff—. No toleraré ese tipo de comentarios. Éste es un joven decente, dueño de un rancho y de no sé cuántas cabezas de ganado.

—Eso no importa. No encontrará a ninguna mujer que se atreva a vivir más allá del río Nueces. Seguro que la matan o le arrancan el cuero cabelludo.

—Él no vive tan lejos. Ahora lárgate sino quieres dormir en prisión.

—No serviría de nada —continuó el incorregible viejo—. Me deslizaría entre los barrotes.

A medida que pasaba el tiempo, George se preguntaba si Tom Azufre no conocía mejor a las féminas de Austin que el propio sheriff.

Varias mujeres se habían acercado al grupo de curiosos, pero ninguna de ellas se había ofrecido para el trabajo. Muy a su pesar, George se sorprendió a sí mismo buscando a Rose. Y lo que era aún más inquietante, se sintió muy decepcionado cuando no pudo encontrarla entre el gentío. «Menos mal. Ella no es la mujer que necesitas».

Sabía que tenía razón, pero esa certeza no le impedía sentir una ligera decepción.

A las cinco en punto, el sheriff se dirigió al grupo de curiosos.

—¿Alguno de los presentes tiene la intención de responder a este anuncio?

Tres mujeres dieron un paso adelante.

Sólo la férrea disciplina militar de George impidió que pusiera pies en polvorosa en el acto.

—Ésta es la señora Mary Hanks —indicó el sheriff, señalando a la primera de ellas. Una diminuta mujer que parecía tener edad suficiente como para ser la madre de George—. Mary perdió a su esposo en la guerra.

—He criado a siete hijos —informó la señora Hanks—. No creo que haya mucha diferencia en trabajar para otros siete jóvenes.

Pero la apariencia de la señora Hanks, así como la de los sucios golfillos que, según George, debían ser parte de su prole, le permitían adivinar que su idea de «trabajar» para una familia no tenía nada que ver con la suya.

El sheriff Blocker pasó a la siguiente candidata, una fornida rubia de edad indefinida, rasgos muy poco atractivos e intimidante sonrisa de oreja a oreja.

—Ésta es Berthilda Huber. Es alemana. Su familia murió el invierno pasado.

—*Ja* —enunció Berthilda.

—¿No habla nuestro idioma? —preguntó George, a punto de perder la calma.

—Nada que se pueda decir en presencia de las damas —explicó el sheriff.

—*Ja* —repitió Berthilda.

George se volvió hacia la tercera solicitante.

—Mi nombre es Peaches McCloud —intervino la imponente mujer, dando un paso adelante para hacerse ver, en un gesto que a George le recordó más a un sargento de caballería que a una criada—. Soy fuerte y servicial. Puedo cocinar y limpiar para todos los hombres que usted quiera,

pero si se mete conmigo en medio de la noche, le clavaré un puñal.

El grupo de curiosos soltó la carcajada. Algunos hombres intercambiaron codazos y guiños.

Varias mujeres hicieron un gesto de aprobación con la cabeza.

George supo que Peaches era justo lo que necesitaba: una mujer fuerte que trabajaría como una mula, de sol a sol, a cambio de un lugar donde vivir.

No le cupo duda ninguna de que las comidas estarían preparadas a tiempo, la casa reluciría como una patena y la ropa estaría limpia y remendada todas las semanas. Sin embargo, en el momento mismo en que supo que había encontrado a la persona adecuada, ya no la quiso. Una mujer tan insensible como Peaches podría destruir con toda facilidad los frágiles lazos que mantenían a su familia unida.

¿Pero dónde podría buscar a otra persona? ¿Sería mejor en San Antonio, Victoria o Brownsville?

No. En ninguna de esas ciudades estaría Rose.

George se maldijo. Aunque fuera incapaz de olvidar sus grandes ojos castaños, no era la que necesitaba. Además, no estaba allí. Y lo que ella pudiera incitarle nada tenía nada que ver con el propósito que le había llevado hasta la ciudad.

—Le advertí que sólo encontraría escoria —soltó socarronamente Tom Azufre desde un extremo del grupo de curiosos—. Peaches es la mejor de todas, pero acabará con usted en seis meses.

—Cállate, viejo, o te retorceré el pescuezo —gruñó Peaches amenazante.

Tom Azufre escupió un salivazo de tabaco de mascar a los pies de Peaches para mostrarle lo que pensaba de sus amenazas. Cuando ella se abalanzó contra él, el grupo de curiosos retrocedió. La mayoría de personas reían. Tom Azufre se puso a bailar fuera de su alcance.

—Coja a la extranjera —le aconsejó Tom Azufre—. Al menos ella no le dará malas contestaciones.

—No creo que ninguna de ustedes sea feliz con nosotros —empezó a decir George. No podía regresar al rancho sin llevar a alguien que se ocupara de la casa, pero tampoco podía contratar a aquellas mujeres.

—Yo estaré contenta en cualquier lugar que me proponga —declaró Peaches con expresión beligerante.

—*Ja* —repitió *fräulein* Huber.

George prosiguió:

—Siento mucho haberles causado tantas molestias...

—No aceptaremos ninguna disculpa —afirmó Peaches—. Usted puso un anuncio solicitando una criada, y aquí estamos nosotras. Ahora debe escoger a una.

—Quizá no seamos lo que estaba buscando —añadió la viuda Hanks—, pero somos sus únicas opciones.

—No, tiene una más...